Pregón de la Semana Santa de Baena 1995

Pregonero: Matías Prats Cañete

INICIACIÓN

Vengo a Baena como al cumplimiento de un voto. Y lo hago así, no ya por el hecho de ser cordobés de nacimiento y militancia- condición en la que otros muchos pregoneros se me adelantaron con méritos mayores-, sino porque me ha ocurrido con su Semana Santa provervial y única lo que con tantas otras cosas de la vida suele ocurrir: que solo con los años, cuando ya el paladar, los deseos y las palabras parecían agotados ante tanta belleza testimoniada y vivida se oye de pronto, como una revelación, el mandato imperativo que nos marca el camino a seguir: Reúne lo mejor que hay en tí, profundiza en tus recuerdos de infancia y juventud, recorre de nuevo, ligero de equipaje, los caminos de las Córdoba milenaria de tus ancestros, y si alguna vez te planteaste- que ya va siendo hora-concluir el capítulo de tus pregones de Semana Santa, hazlo en tierra baenense, allí donde el perdón alcanza más altas cotas redentoras, allí donde el estruendo de las conciencias rompe el pecho de los penitentes, allí donde el velo del templo se rasga, como un tímpano, herido por el tableteo de los tambores.

En mis tiempos de alumno de la antigua Escuela Oficial de Periodismo, aquella que dirigió con mano emprendedora un granadino de pro, Juan Aparicio, los profesores solían repetirnos machaconamente a los alumnos lo que era, y es, una máxima de oro del periodismo: "No digas que lo vas a decir, !dilo!.

Por lo tanto, !fuera preámbulos!, aunque no sin que tenga por ciertos mi gratitud y mi reconocimiento a cuantos pregoneros, antes que yo, se mostraron fieles a sus raíces, a sus entusiasmos cofradieros, a su fe religiosa, a sus vivencias; igualmente, no dejen de recibir asimismo mi débito los publicistas de la Semana Santa de Baena, las gentes del pueblo con las que hablé, sus emigrantes, las autoridades civiles y eclesiásticas, la Agrupación de Cofradías, las Hermandades, los artistas, los artesanos, sus hombres, sus mujeres y, en especial, mi buen amigo y mejor valedor Juan Torrico Lomeña, baenense de los de Madrid y pregonero perenne y enamorado de cuanto hay de bueno, de noble y de digno de ser sabido y contado en la ciudad de sus anhelos. El ha hecho posible lo que desde hace algún tiempo venía solicitándome el gran artista baenense Vicente Piernagorda, Pintor Pregonero de mi querido pueblo Villa del Río.

Aquí me tenéis, pues, baenenses amigos, baenenses hermanos, Piedrahita, Ocaña Vergara, Mesa Sevillano, tan queridos. Aquí me tenéis con el cíngulo apretado y la voz rota por la emoción, para dar cumplimiento a mi voto de cristriano viejo: comulgar eucarísticamente con la más alta representación de fé, arte y devoción popular que recorre España del Domingo de Ramos al de Resurreción.

EL "DISCURSO DE LA MENTIRA"

Es privilegio de las personas mayores, y yo lo soy, salir al encuentro de la verdad, siempre, en todo momento, sin miedo ni veladuras.

Por ello, y porque intento que esta modesta exaltanción de la Semana Santa de Baena sea un a modo de canto del cisne de mi condición de pregonero, ejecutado ante mis paisanos, ante mis amigos, ante mi familia-que todo esto sois para mí-, es por lo que voy a hablaros "en corto y por derecho", soslayando cuantos convencionalismos y concesiones desvirtúan más que engrandecen la autenticidad de la que, sin duda, es la más expansiva, fastuosa y bien concelebrada Pasión de Jesús Redentor que me ha sido dado conocer.

Y ello, como es de razón, visto desde mis propios sentimientos y mis personales o adquiridos recuerdos, subjetivamente por lo tanto, aunque manteniéndome fiel a la verdad histórica de la Semana Mayor baenense.

Mi primera verdad es que hay que disentir sin falsos pudores la corriente, hoy tan en boga, de que todas las Semanas Santas, también la de Baena, son principalmente una gran fiesta, Mayor si se quiere, pero al fin Fiesta, en la que lo más de apreciar es su naturaleza

poliédrica, sus muchas caras sobrevenidas, sus muchas facetas, entre las que el consumidor-consumista de nuestro tiempo se identifica con aquellas que menos le comprometen o están más cercanas a sus ideas, sus tibiezas o su entorno social. Y, por supuesto, con olvido e indiferencia para lo más trascendente y substancial.

Este discurso frívolo, superficial, por fortuna no generalizado, me recuerda a aquel otro "discurso de la mentira" que un gran poeta y escritor sevillano, Joaquín Romero Morube, se negó a admitir como explicación o identidad de nuestra Andalucía que, en su sentir, era, y es, bastante más que mero tipismo y pandereta, por muy rentable que siempre haya resultado esta versión en bocas, decires y coplas de esnobistas y trajinantes.

La Semana Santa de Baena también puede ser víctima de un incipiente "discurso de la mentira" que corre el peligro de proliferar: opiniones oportunistas, postmodernas, que se obstinan en valorarla predominantemente como un fenómeno sociológico, orlado de antigüedad, !faltaría más!, con raíces en la religiosidad y en la fe popular de sus mayores (tampoco esto se atreven a negarlo) pero que, en su decir, solo es asumible de forma parcial por los espíritus libres.

Así, para unos, la Semana Santa es ante todo una dimensión cultural y artística de un pueblo; para otros, es el venero de inveteradas tradiciones populares que hay que conservar; el de más allá se fija únicamente en su aspecto antropológico -el baenense en el escenario de su historia personal y colectiva-; el de más acá la ve como la muestra acrecentada y enriquecida de una muy sonada fiesta popular.

Y así sucesivamente, aunque cuidándose cada uno de esos espíritus pretendidamente libres en reconocer, con el más farisaico de los respetos, que todas estas fidelidades tienen como telón de fondo (no hay manera de eludirlo) la representación procesional, imaginera y escénica de la pasión y muerte de un tal Jesús de Nazaret, históricamente acaecida va ya para casi dos mil años.

Esto no es así, no queremos que resulte así. En ninguna de las Semanas Santas de España. Ni en las que revalizan con la de Baena en Boato, belleza y esplendor, como pueden ser las de Sevilla, Málaga o Puente Genil, verbigracia, por acogerme a una cita histórica de garantía, ni tampoco en las que se mueven en la órbita del tambor y rompen la hora (así lo llaman ellos) por tierras de Hijar, Alcora, Tobarra, Alcañiz, Alcira, Lucena, Ejea de los Caballeros, Hellín, Moratalla, Mula, La Puebla de Hijar, Albendín, Calanda, Fuentes de Ebro, Pina de Ebro, y otras tantas igualmente célebres.

BAENA CENTRO DE PIEDAD POPULAR.

Está bien, es alagador, que se nos diga que nuestra Semana Santa es peculiar, pintoresca, única, inimitable, personalísima, exótica, nada comparable a las norteñas, o a las castellanas, o a las levantinas, o a las sureñas, o a las del Este o el Oeste español.

Esto no basta para explicar su sentido profundo.

Para algunos, los católicos muy acendrados, que identifican "lo religioso" con la sobriedad de las costumbres y la interiorización de los sentimientos, la Semana Santa de Baena es una demasía de sensaciones, de folklore, de tipismo, de colorido y justifican que haya caído sobre ella, en el pasado, prohibiciones y limitaciones que buscan reinstalar la pureza de la fe allí donde el arbitrio popular había colocado o entronizado la fiesta y el jolgorío.

Para otros, la Semana Santa de Baena es la muestra cumbre de la religiosidad popular española:

Un fenómeno complejo no fácil de entender por todo el mundo, con raíces antropológicas y sociológicas muy hondas pero, por contraste, ignorado, cuando no combatido, por la moderna tecnología liberal.

Habría que leer con detenimiento los ensayos, conferencias, cursos y seminarios dados con posterioridad al Concilio Vaticano II por las primeras autoridades en la materia, para aceptar que en el fondo de la religiosidad y las devociones populares yace un substrato que, convenientemente aligerado de las adherencias de carácter mítico, supersticioso o profano, constituye un auténtico tesoro de fe que no puede menospreciar quien pretenda evangelizar (comprender, promocionar, liberar, educar en la fe y el amor, que todo esto significa, "evangelizar") al pueblo de Dios.

Yo me identifico plenamente con la opinión de estos últimos: Baena foco y centro de la religiosidad popular española, aunque en Semana Santa las calles se visten de cal, disfraces y alegría y aunque el dinero corra ostentoso en túnicas y "arreos", y aunque haya mucho de teatro de penitencia, o penitencia con mucho teatro, y aunque la gente se expansione con el "fino" de Baena y se dé a la buena mesa a base de tortillas de habas, espárragos en cazuela, bacalao frito con tomate, salmorejo, cazón en salsa, aceitunas "rajas" o naranjas en aceite, platos exquisitos de la gastronomía baenense que parecen decirnos entre "paso" y "paso", entre tamborrada y tamborrada, !comedme!.

Alguién, algunos de los que me escuchan, podría rebatirme argumento: !Bah, cosas de Matías Prats, exageraciones de un pregonero retórico venido de fuera que, por lo mismo, intenta suscitar en los nativos la vanidad".

Pues no. No estoy improvidando en esta ocasión, aunque ésta sea mi habilidad y mi costumbre.

Me baso por activa y por pasiva en documentos fehacientes de la propia Iglesia Católica fechados en 1.975. En uno de ellos, "El Catolicismo popular en el Sur de España", los obispos andaluces, reunidos en Asamblea, concluían sus trabajos con esta reflexión pastoral:

La situación religiosa de nuestra región puede definirse de hecho, por el catolicismo popular que es propio y peculiar de sus gentes. Por eso, en nuestros medios populares la evangelización puede y debe partir de la fe que existe realmente en el pueblo. Hay que buscarla en cuantos signos, manifestaciones, testimonios y compromisos abiertamente cristianos se exprese, por imperfectamente que sea, y hay que educarla explícitamente como tal fe católica".

"Vox populi, vox Dei".

El segundo documento es de Pablo VI, el Papa Montini, y se titula "Evangeli Nuntiandi", Anunciando el Evangelio.

Si en este momento tuviéramos a manos a las turbas de judíos con sus tambores apendiculares, prolongaciones de sus cuerpos- cuerpos de piel y metal ellos mismos- les rogaría que redoblasen aprobatoriamente y expandiesen las palabras del Papa, cada vez que este deja caer alguna de sus afirmaciones o proclamas pontificias, como escritas para Baena:

-"En regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos se descubren expresiones particulares de

la búsqueda de Dios y de la fe..."-

O esta otra:

-"La religiosidad popular, extrovertida, ruidosa, refleja una sed de Dios que solamente los pobres y los sencillos pueden conocer. Mueve a la generosidad y al sacrificio. Comporta un hondo sentido de la paternidad divina, su providencia, su presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente se observan en el mismo grado en quienes no poseen la religiosidad del pueblo: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, alegría, devoción, en suma, piedad popular".

Sin, que los tambores de Baena rubriquen este sentir pontificio de la oración como un grito, como una denuncia, como una exageración, como un desenfado, como la prueba de que la gracia es expansiva, contagia.

EL "DISCURSO DE LA VERDAD"

En materia de fe, que es tanto como decir en materia de Amor que redime y salva sin excepciones, Baena es un pueblo que viene de muy lejos (nada menos que del siglo XVI, de cuando monjes franciscanos y domínicos fundaron las primeras Cofradías), y se actualiza sin cesar, al compás de cada tiempo nuevo, gracias al carácter abierto e integrador (que no integrista) de sus gentes, capaces de participar casi al cien por cien, con mayoría absoluta, en la más excelsa liturgia de celebración establecida por la Iglesia.

No sé de ningún otro pueblo que posea un tan amplio sentido de la Semana Santa como enseñanza y divulgación de la Palabra de Dios. Del Domingo de Ramos (Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén) al de Resurreción (Desfile de Nuestra Señora del Rosario, la "isabelina", humilde y llorosa con su decenario de oro en las manos, diez avemarías y un gloriapatri), en solo siete días de apretados acontecimientos, Baena se hace cuerpo de Pascua, cuerpo de Eucaristía, cuerpo de Pentecostés, con tal de captar el significado pleno de la Encarnación-Rendención del Hijo de Dios.

Este tiene que ser nuestro "discurso de la verdad":

El discurso de una Baena que, no satisfecha con reescribir a pulmón batiente-bajo el ronco sonar de bombos y tambores- el más alto y conmovedor de los Sacrificios, se lanza entre sobriedades y bellezas, entre lujos y pesares, entre contriciones y hosannas, entre cortesías y rivalidades ("Recogidas" por aquí encuentros y saludos por allá, "coliblancos" y "colinegros" distanciados -cada cofradía de un color, su color-, pero "coliblancos" y "colinegros" unidos, invitándose, relevándose "coliblancos" en turba con Jesús orante en un huerto de limas, ante la mirada atónita de San Diego y sus "trajecillos blancos", "colinegros" en cuadrillas tras Jesús Nazareno, ese fruto de dulzura, el Jesús de unos y de otros, de todos), Entre tantos "extremos que se tocan", Baena se lanza -digo- a una catequesis apologética que es toda una suma Theológica de bolsillo en edición popular.

¿Cómo pueden caber tanta Biblia y tanta Palabra de Dios en tan pocas horas?

Para mí, que tan indocto soy, esto es un milagro concedido a los baenenses por el Santo Juan, cuando contempló un día desde los altos hontanares del cielo, con ojos bienaventurados, como aquí en la tierra, en un pueblo de Andalucía mariana, por entre espigas y olivos, por entre riscos y llanos, unos hermanicos llamados de San Juan en su devoción y recuerdo, enracimados por la fe, al amparo de la ternura infinita de Nuestro Padre Jesús Nazareno, bajaban como un río de sangre desde lo alto al llano, desde el monte a San Francisco, terciopelos rojos parpadeando, terciopelos verdes rutilando, "pimientos" ellos, "morrones" también, para testimoniar que Este es Jesucristo, "mi hijo muy amado", Aquel que habría de venir al mundo para bautizar con agua y Espíritu a todos los mortales.

Desde ese momento-así quiero imaginarlo yo, a Baena le fue dado el prodigio de enseñar las Escrituras deleitando, divirtiendo, y desde Principio a Fin, desde el Alfa al Omega, de la Antigua a la Nueva Alianza, porque Dios, Baena lo sabe bien, no reservó su palabra a los sabios sino a los humildes, a las gentes de ánimo propicio y buena fe dispuesta a recibirla de por vida y como vida con la unción con que se recibe un santo sacramento.

Hay un día símbolo de este prodigio de enseñar consagrando que muestra bien a las claras cómo y por qué Baena es una propedeútica en procesión-aprendizaje a la luz de los cirios, bajo el fragor de los tambores- en la Semana de Pasión.

Me refiero al Viernes Santo.

Antes, han sucedido muchas cosas.

Van a seguir sucediendo después.

Pero el Viernes Santo en Baena es un repertorio acabado de los símbolos del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Del ruido del Miércoles Santo-los cielos abiertos en un Diluvio de repiques-se pasa al Silencio que sobrecoge y perdona cristianamente a todos, con catolicidad.

Desde las ruinas del castillo a la Iglesia de Santa Marina la Mayor, con reminiscencias romanas y papales, avanza una letanía de túnicas y capirotes negros que van recitando para sus adentros, y para sus afueras, cuánto es de magnánimo el Santísimo Cristo del Perdón, siliente, penitencial (solo gravidez de cruces y arrastrar de cadenas) por el Vía Crucis de la Almedina, plata vieja en la noche de Baena.

Y del templor silencioso del Cristo portado a hombros-faroles sobre asta de madera-se pasa al tronar de la Centuria Romana que anuncia con trompetas y tambores que ya viene nuestro Santo Patrono, Jesús el Nazareno.

Jesús Nazareno es el redoble más entusiasta de la Semana Santa de Baena. Pero el pueblo tiene muy presente que este Nazareno que los envuelven y los arrastra con su mirada va a ser más tarde un Cristo expirante, el Cristo de la Sangre; y va a ser el Cristo yacente del Sepulcro; y el Varón de Dolores que surca de angustias la cara de su Madre; y el Dios-hombre que convoca la presencia y el seguimiento de María Magdalena y su Única Cuadrilla de Judíos Arrepentidos; y el Hijo solo que lacera la soledad de María la Virgen. Como en las buenas y santas familias.

Cristo expira, Cristo muere, rodeado por sus hijos, por todos los que le aman, por el pueblo de Baena entero, con su ayuntamiento bajo mazas y todas sus autoridades, con su turba de judíos de la cola blanca, con sus sayones, también justificados por su divino amor...

Porque va a ser Cristo crucificado, yacente y resucitado, Baena pone una pasión ardiente en su Nazareno.

Viernes Santo de prodigios y simbologías.

El Imperio Romano, todo el poder de entonces sobre la tierra, no tiene inconveniente en sumarse a la procesión nazarena. La Vera Cruz, la Cruz

verdadera, sobre andas, patentiza que no hay distinción de clases, ni de edades, ni de sexos, en la devoción amorosa. El hombre, un paso al frente. Pero la mujer, a su lado, no un paso atrás, en el cuartel y en la despensa, en el ornato y en la oración, en la artesanía y el bullicio. Jesús Nazareno, con su brazo y su corazón articulados para mejor abrazar y bendecir a los baenenses....

Jesús Nazareno va diciendo a todo el que le quiere oír que las palabras no son lo que parecen, que en esta tierra bendita hay una semántica nueva en la que no entra lo peyorativo ni lo malintecionado: Cuadrillas significan Hermandad; y la Hermandad, Penitencia; y las turbas, pueblo amado, gente, historia; y que el gallo es Pedro; y la cruz, Andrés; y la espada, Santiago el Mayor; y el cáliz, Juan; y el báculo, Felipe; y la lanza, Mateo; y la porra; Simón; y la escalera, Tadeo; y la sierra, Matías....

Baena en Viernes Santo semeja la paleta de un pintor. De un pintor de ángeles blancos y ángeles de colores. Por la escala del cromatismo (además de por la de Jacob) también se sube al cielo. Y ahí están, como prueba las ricas vestiduras de terciopelo y damasco, los apóstoles.

También la Hermandad de Figuras Bíblicas de San Pedro Arrepentido (cosa de muchachos), fundada por un cuadrillero de catorce años, que solo un joven de tan poca edad puede tener la santa audacia de colocar en procesión, juntos pero no revueltos, a Adán y a Eva; a Abrahán; a Isaac; a José de Arimatea; a Nicodemo, aquel que creía ingenuamente que "nacer de nuevo de lo alto" era algo así como volver al vientre de la madre; a la cuadrilla bíblica (¿por qué no llamarla así en Baena?) de las Santas Mujeres, la Samaritana con su ánfora, María Salomé con su mata de pelo, María la de Santiago con el candelabro, María Magdalena, tan enamorada de Cristo, con el cáliz; y a Barrabás, como recién salido de la novela y la pelicula de su nombre; y a Pilato, y a Caifás, y a Anás, que tuvieron toda la autoridad del mundo entonces conocido y la utilizaron para condenar a un inocente; y a esa figura legendaria del Judío errante, condenado a vagar incesantemente por la procesión de los días, de delante a atrás, de atrás a adelante, como un poseso, hasta la segunda venida de Jesús (la parusía), por haberle abofeteado en el camino del Calvario, o haberle negado el descanso en su casa. "Yo me detendré, y descansaré, pero tú seguirás caminando hasta el último día".

Viernes de prodigio.

Esto es un auto sacramental y no los que conocieron los contemporáneos de don Pedro Calderón de la Barca en la España del XVII, cuando ya hacía años que estaba fundada la Cofradía de los Nazarenos en el convento mendicante de San Francisco de Baena.

Viernes mágico, viernes de Hermandades mixtas: María Magdalena de nuevo, ahora tallada en madera policromada; y, en su pos, la Verónica; luego -!qué atrevimiento, Señor!-cada Hermano con una figura fija, lo más antiguos portándola hacia arriba, los más nuevos hacia abajo; y la Hermandad de San Juan, con hermanos a centenares; y la de nuestra Señora de los Dolores, llevada amorosamente por sus Cuadrilleras de Hermanos de Andas de la Virgen, !qué bonita manera de identificarse!; y, para colmo, hasta los mísmisimos profetas de la antigüedad en procesión, echados a suerte entre los hermanos, menos David, que por algo es el Rey y corresponde sacarlo al Cuadrillero.

!Cuánto amor para El Abuelo, saliendo entre dos luces por el pórtico de San Francisco, entre saetas!.

!Cuánto minué y cuanto Versalles, cuanta cortesía y cuanto ballet del espíritu en la ceremonia de presentación de los Apóstoles!: "Aquí, Jesús de Nazaret, aquí, tus discípulos del alma". O bien, cuando en la Cruz de Jaspe, los profetas conocen en persona (!tenía que ser en Baena!) a Aquel de quien tantas cosas habían profetizado: "Aquí, el Verbo hecho carne, el Hijo de Dios hecho hombre"; "aquí, los santos profetas, Moisés, Isaías, Samuel, Exequiel, Daniel, Jeremías, Elías, David", enlutados, ceremoniosos, oferentes.

!Cuánta herencia mímica en la Plaza de la Constitución, mientras "se hace", así es, mientras "se hace", no mientras se interpreta ni cuando se representa, mientras "se hace", el sermón del Génesis y la pasión!

Baena de los tambores, como dijo el poeta. Baena de la percución y el silencio. Baena caminante, peregrina, la de los "pasos" contados y cantados; primero, uno, después otro, por su orden, cada uno en su sitio, a veces con repetición, entre aplausos, como en el teatro, pura dinámica de la Redención. Baena, la de los pasos perdidos y hallados en el templo abierto de sus calles y plazas.

Viernes Santo, resumen y cifra de la más realista por simbólica de todas las Semanas Santas españolas.

¿Cómo no acordarse de los Evangelistas, tan sesudos y tan infantiles al mismo tiempo, tan perseguidos, tan "bailones", que una vez y otra, varias, representan a ritmo de baile la persecución de los judíos por los cristianos?

!Qué paciencia la de Jesús Nazareno en Baena y con Baena! Si José María Pemán, aquel escritor gaditano de tanta salada claridad, hubiera conocido oportunamente este Calvario baenense, seguro que a su "Divino Impaciente", su obra preclara, la hubiera titulado más bien "El Divino paciente".

Dicen los exégetas del cristianismo que la oración más grata a los oídos del Hijo de Dios es aquella en la que se le llama posesivamente "mío", "nuestro", como en cualquier declaración entre enamorados: "Señor mío Jesucristo, a Tí me abandono, en Tí pongo toda mi confianza". Y la confianza, y el abandono, son el preludio y la finalidad de todo amor, más aún de la Fe, el camino que lleva a ella. Porque confiar en Dios es fiarse de El, confesárselo todo, como hace Baena en la mañana del Jueves Santo, llenando de "colinegros" el camino de San Francisco, una riada de tambores bajo la bóveda tensa del cielo andaluz; porque confiar en Dios es contárselo todo, el dime y el dirán, el chismorreo y "lo que va a misa", ya que no hay amor si no es manifiesto, si no se dice, como en el Evangelio, "nada me reservo, Señor, nada quiero para mí, enseñame a quererte y a querer a los demás en Tí, como Tú nos quieres a nosotros".

Los baenenses saben esto de antiguo, !Y vaya si lo aprovechan!: Jesús para acá, Jesús para allá; Jesús saliendo del templo, Jesús por las calles del pueblo; Jesús subiendo al monte, Jesús bajando al llano, Jesús bendiciendo, Jesús aupado en el trono del paso, Jesús sin la cruz, descrucificado, sin la cruz (bendita compasión la de este pueblo!), en el suelo; Jesús reverenciado, abrazado, prendido, que de todo hay en la Casa del Señor; Jesús viendo con misericordia la venta de Judas por 30 monedas, y cómo se esconde entre la turba; Jesús otra vez en andas, a la carrerilla, sorprendido de que los judíos se lo lleven mientras

flamean las banderas de la Turba y los tambores demuestran a qué suena y como suena la expiación y el arrepentimiento.

Esta es la Semana de Pasión según Baena, llena de símbolos, con una perspectiva sacramental y al mismo tiempo histórica, con algunos atravimientos y osadías, con algunos anacronismos también, pero sabiendo mezclar lo Antiguo con lo Nuevo, narrando los hechos con libertad de formas pero a la luz de la Fe. Y cuando la Fe dice su palabra , no hay por qué escandalizarse ni autoinculparse. Los padres Lafrance y Laplace, desveladores en nuestro mundo de hoy del "poder de la oración" y de los frutos espirituales que concede su perseverancia en ella, lo afirman con valentía: "En las relaciones del hombre con Dios todo está permitido; todos pueden orar, en todas las escalas de la sociedad, en todos los lugares, en todos los momentos y situaciones, tanto los justos como los pecadores y los ímpios. Porque Dios es espacio y libertad y a El podemos verdaderamente decirle todo, y decírselo como sepamos, queramos y podamos".

Para quienes se mueven en el ámbito de la fe, y los baenenses son creyentes por la gracia del cielo, la Semana Santa es el Memorial de lo que Dios Nuestro Señor realizó en el pasado para que siga presente hoy en el corazón de los fieles. Por amor, exclusivamente por amor. En el relato sui géneris, personalísimo, de la Semana Santa de Baena, "Dios está presente entre los suyos, como lo estuvo en el pasado, por su poder y su bondad. Para el que cree, es hoy la Pascua, y es hoy la salida de Egipto, y el Diluvio, y Abrahán, y los Evangelistas, y la Verónica, y la Magdalena, y la Virgen María, todo el Antiguo y el Nuevo Testamento.

JUDIOS Y TAMBORES

Si el pregonero de la Semana Santa de Baena no pregona especialmente, de modo singular, a judíos y tambores, no hay tal pregón. Como lo he sabido desde el principio, así me lo han recomendado, además , todas las personas, organismos, hermandades y cofradías que se han preocupado por que yo pueda medianamente bien, a mayor honra de esta Semana Mayor, así me dispongo a hacerlo con algunos acopios de investigación histórica, algo de imaginación y, desde luego, con alguna dosis de riesgo, por otra parte inevitable.

Pero quien no se moja no cruza el río, y yo estoy dispuesto a zambullirme, y aún a bucear, en las aguas, no digo que procelosas, más si polémicas, de uno de los más interesantes aspectos de la Semana Santa de Baena.

Dentro de este modesto "discurso de la verdad" voy a tratar de poner en su sitio (en lo que yo creo que es su sitio) a esa figura singularísima del judío baenense, exaltado monumentalmente en y por el pueblo, que baja no obstante de su pedestal y se corporifica con nombres y apellidos, con Documento Nacional de Identidad y NIF durante los días pasionales de la Semana Grande.

¿Por qué la presencia de los Judíos en la Semana Santa de Baena? ¿Por qué Baena adoptó y dio cobijo, hizo "suya", a una figura racial, histórica y políticamente tan denostada, tan perseguida, tan infamada?. ¿Y por qué asoma y se inserta en la Pasión baenense con tanta ostentación y tanto ruido, en turbas,por millares-!aquí estamos!-, con "arreos" de lujo, emplumados con colas de caballo, blancas unos, negras otros, formando cuadrillas, irreverentes a veces, golpeando sin cesar con sus tambores-!oído al parche!-para que nadie, ni de hoy, ni de ayer, ni de mañana, pueda decir que Baena no es fiel a la historia de la Pasión de Jesús.

Habría, en principio, pues una razón de fidelidad histórica. La misma razón de fidelidad histórica-todo sucedió en un tiempo concreto y determinado- por la que en el CREDO, símbolo de la fe cristiana, se cita a Poncio Pilatos, gobernador romano de Judea, aparentemente sin venir a cuento, porque de lo que en el Credo se quiere hablar es del Dios UNO y TRINO, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la Santa Madre Iglesia, del perdón de los pecados, de la resurrección de los muertos, de la comunión de los Santos y de la Vida eterna, AMEN. Pilatos se introduce en el Credo, por lo tanto, como un dato de ambientación y fidelidad histórica, para que se sepa que la pasión, cruxificción, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret fue un hecho real que ocurrió "en tiempos de Poncio Pilatos".

Y si esto ocurre con el Credo, ¿Por qué Baena no podía dar testimonio de que fueron seres reales, de alma y cuerpo, judíos la inmensa mayoría, quienes compusieron y dieron vida al Retablo de la Pasión?.

Ser fiel a la historia quiere decir bastante más que montar escénicamente la Semana de Pasión. No se trata de que, como en la famosa habanera, Baena parezca Jerusalén con más cristianos, o Jerusalén Baena con más judíos. De lo que en verdad se trata es de que hay pueblo de Dios (no solo el elegido) que han recibido o asimilado más espirituales que otros, de forma más preclara, en relación más amistosa con el Espíritu Santo, tocados, en fin, por la gracia de su discernimiento y consejo.

De otra manera, no se explica lo de Baena.

Cuando vemos procesionar a las turbas de judíos, los "coliblancos" con Nuestro Padre Jesús del Huerto, con el Prendimiento, con la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús, Santo Cristo del Calvario y Soledad de María Santísima; los "colinegros" con Nuestro Padre Jesús Nazareno y la Real Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario. Unas junto a otras, también.

Cuando los vemos moverse, evolucionar, representar, correr como almas en pena, "echar las cajas" con denuedo, como fuera de sí, como aquellos hombres ebrios de misterio de Dios, "locos de Cristo", que en Palestina, Siria o Egipto tomaron el camino del desierto para mejor despojarse de su condición humana y extraviarse en la contemplación divina.

Cuando vemos a los judíos pecadores, y a los arrepentidos, dándose golpes de pecho sobre la piel estirada de sus tambores.

Cuando abren calle.

Cuando cierran filas.

Cuando las bengalas pugnan por decirle a la Virgen de la Soledad, "la coliblanca", que no está sola.

Cuando los judíos -¡hecho insólito!- montan guardia en el Santo Sepulcro.

Cuando el Santísimo Cristo Resucitado, "ronco" de gloria surge como una aparición ("no temáis") en las puertas recién abiertas del templo, mientras la Turba de Judíos de la cola negra explosiona a golpe de baqueta.

Cuando todo esto se vive y se presencia como la cosa más natural del mundo, sin pecado de escándolo, con la conciencia tranquila, aunque tensa, para que en ella reboten los aldabonazos de la buena fe baenense -"ra, rataplán, ra, rataplán"- no hay sino convertir que Baena es tierra de gente adelantada, valerosa, presta a abordar los juicios y, lo que es más importante, las revisiones

de la Historia.

BAENA PRECURSORA

Es este sentido puro y primigenio de **Baena pueblo esencialmente religioso, cristiano, católico,** lo que me hace afirmar que su Semana Santa dada su antigüedad y la fuerza con que se proyecta al "hoy" y al "Mañana" de la fe, es una Semana Santa precursora, anunciadora, iniciadora heraldo y, como hubiera dicho don Miguel de Unamuno, tan modelador e inventor de palabras y "palabros", **hierofante,** es decir, una Semana Santa que inicia y enseña a la gente en cosas misteriosas, recónditas o reservadas.

Cuando unos iban, Baena volvía.

Mientras, durante siglos, se estuvo divulgando la idea comúnmente aceptada, de que el pueblo judío había sido el pueblo deicida, único culpable y responsable de la condena y ejecución de Jesús de Nazaret, Baena ya había revisado por su cuenta y razón, haciendo de la prudencia virtud, el juicio de la historia: No hay Pasión real, pasión verdad -dijeron los baenenses- sin la presencia en las calles, en las plazas, en las iglesias, en los "pasos", en su Semana Santa, en fin, del histórico pueblo de Israel.

Por fortuna, las nuevas frondas del Concilio Vaticano II, y últimamente el Papa Juan Pablo II, consideraron una nueva exégesis bíblica y un examen más cientifico de las Sagradas Escrituras para deducir que los judíos -cada uno de ellos y todos juntos- no son responsables del proceso de Jesús.

Para quienes quieran conocer con más detalles este nuevo enfoque de las relaciones entre el catolicismo y el pueblo judío, les recomiendo la lectura del apasionante libro de Paul Winter, "El proceso a Jesús", editado por primera vez en España en 1983, reeditado ahora, en 1995, y del que se dice "tuvo una marcada influencia en las decisiones del Concilio Vaticano II en favor de la reconciliación de las Iglesias y los pueblos.

La tesis a la que aludimos, vista con interés por la Iglesia de hoy, es respetuosa con las verdades de fe de los Evangelios, a los que asiente y con los que comulga; su aportación se realiza, más que nada, en cuestiones y detalles meramente histórico-literarios, en circunstancias de tiempo y lugar, en sincronías y anacronías de los diferentes textos comparados entre sí, en las lagunas observadas en las narraciones, aunque, reitero, todo ello sin olvidar nunca el marco político, social y económico de la época en su generalidad..

Entre la primitiva condena del pueblo judío, y las muevas tendencias del Vaticano Segundo, exculpatorias de la responsabilidad individual y colectiva del pueblo de Israel en el proceso a Jesús, hay que incardinar la Semana Santa de Baena, atractivamente humanista, nada xenofóba, y, por lo tanto, cristiana, valerosa, carente de perjuicios, fiel a la historia, precursora por añadidura, puesto que se adelantó a todo el Occidente en la aceptación y la convivencia con el pueblo judío.

¿Ha sido Baena y fueron los baenenses una avanzadilla en la tolerancia y la comprensión?

Habrá que pensar que sí lo fue.

Entre Baena y los Judíos de su sin par Semana Santa hay algo así como una incondicionada relación de amor. ¿Qué se sentía o qué se sabía en esta Jerusalén andaluza para proceder con tal equidad?. Sabían los baenenses en el fondo de su corazón pensamiento de amor- que Jesús era Judío. que vivió entre los judíos, que conoció sus profetas, que de ellos aprendió y basándose en ellos enseñó. Los triunfos que alcanzó y las adversidades que sufrió en su vida, los compartió con otros judíos. Los que él aceptó y los que él rechazó eran igualmente judíos, aunque las puertas del Reino se abrieran a los gentiles. Es, pues, muy natural que aquellos de los que a veces discrepara fuesen judíos también. Hizo en su vida amigos y tuvo también enemigos entre los miembros de una nación que era también la suya. Las actitudes de los judíos hacia Jesús eran más diversificadas, más ricas, más humanas, más personales de lo que pudiera parecer, y no solo actitudes radicalizadas de "amigos" y "enemigos"

La verdad que se va abriendo paso en la historia de la redención es que Jesús fue ejecutado a la manera romana (con muerte de cruz, prohibida en las leyes judías), de acuerdo con las prescripciones del derecho romano, y bajo el dictado de una sentencia que debió ser dada por un tribunal igualmente romano. El Sanedrín, el sumo sacerdote y su cortejo de escribas, ancianos y fariseos, estaban allí, ¿qué duda cabe?, pero ejerciendo un papel secundario en la presentación de Jesús ante pilatos para que le juzgase. La historia no hace más que repetirse. Por eso, cabría hacer una analogía con situaciones políticas contemporáneas en la que comparásemos el papel de Caifás con el de un fiscal nativo que acusa a un reo, también nativo, de un delito contra las leyes excepcionales impuestas por una potencia colonial, y en un juicio que se desarrolla ante un magistrado que ostenta la nacionalidad de la potencia dominante y soberana, con todo lo que esto conlleva de sumisión, de miedo, de cautela, de prudencia, de hipocresía, de autojustificación, en suma, de maniobra política. Es muy probable que Jesús chocara con individuos de su entorno inmediato, y que tuviera conflictos de tipo religioso y doctrinal con algunos sectores judíos, pero su destino último estuvo ante todo determinado por intereses y conveniencias políticas, aquellas en las que las que coincidían, aunque por diferentes motivos, la potencia dominadora y las autoridades sojuzgadas, el Gobernador de Roma y el Sumo Sacerdote por él designado y sostenido.

Baena la precursora.

Baena Judeo-cristiana.

Baena de "coliblancos" y "colinegros", de escribas y sayones, de pecadores y arrepentidos, de residentes y emigrantes, que es tanto como decir -salvando el tiempo y la distancia- Baena de los saduceos y los filisteos, de los herodianos y los ananitas (secta ésta última que respetaba a Jesús como Maestro, como vehículo del mensaje de Dios a la humanidad), Baena de los mesiánicos y los zelotes, de los discípulos y los escépticos, de los seguidores y los destractores, de los que veían en él al hijo de Dios y los que esperaban como el rey de los judíos.

Como entonces, como ahora, Baena de los justos y Baena de los impíos, Baena de los ricos y Baena de los pobres, de los que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, Baena de los señores y Baena de los esclavos, Baena de los poderosos y Baena de los bienaventurados, la del César y la de Dios, la de los satisfechos y los insatisfechos, de los que ríen y de los que lloran, de los que tienen hambre y de los que están hartos, de los que odian y de los que aman.

Baena del silencio y Baena del estrépito. Baena de las turbas de todo signo, las de la entrada triunfal en Jerusalén y las del saludo de paz el Domingo de Resurrección en

Guadalupe, las del pan ylos peces y las de los mercaderes expulsados del Patio de los Gentiles, en el templo.

ESTACIONES Y SAYONES

Y ya que hablamos de tantas Baenas, seguramente tantas como baenenses la habitan o acuden a ella en estos días, voy a fijar mi atención en dos aspectos que complementan mi personal percepción de su Semana Santa. Son dos aspectos contradictorios que, por lo mismo, ratifican su dimensión cofradiera de hermandad cristiana, por un lado, y, por otro, aporta nuevas luces al controvertido problema del escarnio y tortura sufridos por Jesús en su Pasión. Me refiero concretamente al Desfile de las Estaciones, en la tarde del Jueves Santo, y a la presencia, junto a las turbas, junto a las centurias romanas -las "del dulce meneo", junto a los "arrepentidos" (aunque diferenciándose de todos), de los sayones.

El desfile de las Estaciones es un acto multitudinario -la turba de las turbas podríamos llamarlo -en el que todas las Cofradías, presididas por la Junta de gobierno de la Agrupación, todas las Hermandades, todas las cuadrillas, todos los penitentes, se hermanan para visitar los sagrarios y rendir homenaje de amor, fidelidad y devoción a la Sacramental Forma, al Hijo de Dios Padre transubstanciado en Pan y Vino, en Vida. Es un Desfile de cofrades a cara descubierta, sin imágenes, exponente de aquel dictado divino según el cual "ante mí se doblará toda rodilla y toda lengua dará gloria al Señor".

En el desfile de las Estaciones toda rivalidad desaparece, toda vanidad se supera:

Es una cadena de voluntades recorriendo la ciudad eucarística, un gran puente levadizo de manos alzadas al Amor, un mar de banderas y estandartes enlazados, un estruendo que palpita -latidos, que no latigazos-, un mural de colores batidos y superpuestos, una pintada enorme que por San Bartolomé y SantaMaría, por el Llano, por la carrera oficial, pregona a golpe de tambor -marciales los romanos, vistosos los judíos- el sentimiento de hermandad universal -"amaos los unos a los otros como yo os he amado"- por la que murió Jesús en la Cruz.

En los días en que diseñaba este pregón tuve la oportunidad de escuchar la homilía de un misionero africano que intentaba, yo creo con éxito, explicar en pocas palabras, y en un idioma que no era el suyo, la hermandad entre todos los hombres y todos los pueblos, el significado profundo de "Manos Unidas".

Y contó -él no hacía sino trasladarnos una historia oída a los nativos- cómo un cazador se internó un día en la espesura de la selva con el propósito de cobrar una fiera salvaje, de las muchas que polulaban entonces por aquellos parajes. Caminó durante días sin éxito. Observaba huellas, pero éstas le llevaban a cuevas y lugares de donde ya había desaparecido la codiciada presa. Estaba a punto de desistir de su empeño y regresar fracasado a la aldea en la que tanta fama había conquistado como cazador infalible, cuando distinguió en la lejanía, a la sombra de un árbol, un animal sin forma conocida, de gran alzada, que parecía dudar entre atacarle o huir. Aprestó su lanza, se guareció detrás de su escudo, y avanzó cautelosamente hasta colocarse a la distancia en que nosolía fallar el lanzamiento. O él o yo, se dijo como otras veces. Pero a medida que avanzaba fueron en aumento su perplejidad y también su miedo. ¿Qué clase de monstruo era aquel hirsuto, abotagado, de cuarteada piel oscura, mamífero al parecer, cuadrumano a veces, a veces erecto, según la postura que adoptaba, cuyo único destello de inteligencia o algo parecido estaba en sus ojos, fijos, ardientes, luminosos?.

No pudo evitar el recuerdo de aquellas fieras míticas, legendarias, que simbolizaban el principio del mal entre los miembros de su tribu. Con aprensión, pero seguro de lo que tenía que hacer, apuntó con su lanza al corazón de la bestia... De aquella boca informe, llena de baba y hojarasca, salió un sonido articulado que le paralizó: "¡No!. Aquel monstruo hablaba.

Aquella bestia montaraz y salvaje por las apariencias le dedicaba una mueca que intentaba ser una sonrisa. Bajó el arma y se acercó hasta situarse delante de él. Y lo que oyó entre balbuceos y pausas le conmovió hasta lo más profundo de su ser:

"Yo, hombre... Hombre habitado por Dios..."

Este es el mensaje de la mañana del Jueves Santo en Baena.

El Día del Amor Fraterno. Los judíos son hombres. Los gentiles son hombres. En el Sagrario hay un Dios hecho hombre que dio su vida por los hombres. El desfile de las Estaciones es un acto de comunión en hermandad. Baena y los baeneneses lo proclaman así, desde hace siglos, en su Semana Santa: Todos, justos e impíos, judíos cristianos, estamos habitados por Dios.

El contrapunto al Desfile de las Estaciones -con rememoranza de Vía Crucis, de espíritu de perdón- es la presencia de los sayones en el cortejo procesional de la Semana Santa de Baena. Cuadrilla de ellos, vestidos a la usanza tradicional (con alabardas y un tambor), denotando su carácter de subalternos encargados de hacer cumplir las penas corporales a que eran condenados los reos por mandato de otro (y este actuar por "orden de otro" es muy importante en el proceso a Jesús), comparecen en las Cofradías baenenses, en los momentos culminantes de la Pasión.

Jesús azotado, Jesús de los Azotes, mientras lloran los roncos tambores de los "berenjenos".

Jesús de la ventana, coronado de espinas como Rey de los judíos, ocultos el desgarramiento y la sangre por una capa "sacrificial".

Jesús prendido, una, dos, tres veces, de lo escultural a lo vivo.

Jesús crucificado y sepultado junto a los atributos de la Pasión en plata: tres clavos, la disciplina, la corona, el martillo, las tenazas...

¿Quiénes eran, de donde procedían, a quienes representan los sayones de la Semana Santa de Baena?

Las investigaciones más recientes ven el paralelo de los sayones en las representaciones callejeras del populacho de Alejandría, que ridiculizaron y se divirtieron a costa de Agripa I, entonces rey de los judíos, con ocasión de la visita regia de éste a la ciudad. Lo cuenta Filón de Alejandría, filósofo y teólogo, representante del judaísmo helénico, nacido el año 20 antes de Cristo, y se deduce de su relato que la chusma procedió a representar una pantomina que tenía arraigados antecedentes populares: Vistieron de rey a un vagabundo callejero llamado Carabás, le pusieron en la cabeza un ramo de papiro a modo de corona, le colgaron una esterilla por los hombros simulando un manto real, y le pusieron en la mano, semejando un centro, un tallo del mismo papiro. Adornado así, como un rey de carnaval, Carabás fue paseado por la ciudad para que recibiera los bufos homenajes de los festejantes.

En los escritos de la antigüedad hay muchas referencias similares de tan grosera representación, hasta el punto de ser considerada como parte integrante del "mundo circense" de los romanos. Los legionarios, por sí o comisionando a los sayones, se divirtieron también con Jesús "rey de los judíos", sin estímulo alguno por parte de Pilatos, ni de la multitud judía congregada afuera, como quien repite una pantomina popular, una comedia bufa mil veces representada, una parodia de una parodia. Engalanan y adornan a Jesús de modo parecido a como la chusma de Alejandría vistió al vagabundo Carabás, una vez que el gobernador romano hubiera dictado su sentencia. Así se cumplían las profecías del Antiguo testamento.

La Semana Santa baenense, llena de piedad, todo lo dulcifica, todo lo humaniza. Los judíos son judíos, pero a la manera de Baena, decantándolos, haciéndoles justicia histórica, atrayéndolos, perdonándolos. Los ensayos son sayones, pero también a la manera de Baena, consciente de que fue el mismo Jesús quien dijo "Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen". Y los hace aparecer el sábado santo, muy extrañamente, en pos de la Virgen Blanca de la Alegría, una Virgen huérfana, una Virgen sin Cristo. Y el Domingo de Resurrección, tras Jesús Resucitado, Tras Jesús Glorioso, inmune ya a la tortura y castigo.

¿Quién ha intercedido por los sayones en la Semana Santa de Baena?

Yo pienso que la Virgen Corredentora, la Virgen Madre, acostumbrada a verlos a su alrededor sin faltar a una sola cita, la Virgen mediadora de los Dolores, y la de la Esperanza, y la de las Angustias, y las del Rosario, y la de guadalupe, a la que, como todos los baenenses, tienen por copatrona protectora.

CIERRE

En el epílogo de este Pregón quiero que estén los tambores de Baena, redoblantes, roncos, en un repique largo y hondo, que lleve hasta ustedes la emoción que he sentido mientras lo preparaba, cuando lo estaba pronunciando, ahora que, para mi infortunio, voy a dejar de estar en contacto con los baenenses, con sus cosas, sus dichos, sus categorías, sus anécdotas, sus tradiciones, sus símbolos, sus mensajes.

Los tambores de Baena son nada sin los judíos de Baena. Forman una perfecta **unión,** una **comunión** buscada, casi una hipóstasis a lo humano, sin decir esto no fuera irreverente.

Antes que tambores fueron lanzas, y sombrillas rojas, y rosarios, que con todos estos atributos iban adornados los judíos que **procesionaban** antaño. Luego, las lanzas se volvieron cañas, madera de caja, baquetas y palillos, para pasar así de la agresividad a la asonada. Y las sombrillas, que atenuaban y velaban el sol de justicia del Antiguo Testamento, se tornaron piel de la Nueva Alianza, epidermis tensa de tambor que aclama a Cristo, el sol que más calienta. Y las cuentas de los rosarios, tan poco propias en las manos de un judío, se hicieron aros de los quince misterios -gozosos, dolorosos, gloriosos-, anillas, cordeles, abrazaderas...

Se ha dicho de la guitarra "que es un pozo con aire en vez de agua". ¿Qué decir de los tambores de Baena?

Son la sima, con **ese,** del sentimiento del hombre; el hueco matriz en donde comenzó a fecundar, a articularse, el arrepentimiento de un pueblo; la modulación estentórea, directa, tribal, de la gente elegida, de la gente del castigo y el éxodo, aquella gente que hablaba con Dios como si tal cosa en el destierro, en la tribulación, en la alegría, y se dejaba guiar por su son batiente, repetido, monocorde, hasta columbrar la tierra prometida; el tan-tan que despierta, que sacude, que acusa, que confía; un salterio de ciento cincuenta golpes de pecho, de ciento cincuenta salmos, que proclaman la grandeza y la misericordia del Señor; un rebato que convoca a los misereres, a las recogidas, al protocolo, a la autoridad civil y a la eclesiástica, a propios y extraños, a los santos oficios, varios, muchos, tantos como iglesias tiene Baena; una manera de ser, de presentarse, un estilo, un sello, una personalidad, porque hay también tambores que solo pueden ser "coliblancos" y tambores que solo pueden ser "colinegros", como aquellos tambores que solo percutían para los herodianos, o para los ananitas, o para los saduceos, o para los filisteos, todos judíos, pero rivales, de vez en vez unificados -"todos a una"- por acuerdo previo, a la mayor gloria de Dios.

Quién ha oido, aunque sea una sola vez, los tambores de Baena, no los dejará de oír nunca, jamás, más allá de los tímpanos, en lo profundo de su ser de creyente.

No es solo -como se ha dicho- que los baenenses golpean sus tambores en Semana Santa con el alma; es que sus redobles se quedan en el alma de los que los oyen retumbando, percutiendo, redimiendo, gloriando, profetizando:

"Anunciemos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, Ven, Señor Jesús".

Baena, en la mañana toda luz del Domingo de Resurrección, repiquetea a todos los confines del orbe cristiano su mensaje de fe militante:

Y termino, "Jesús, Tú tienes parte en el Tiempo que Viene".

Juzgado por el mundo, condenado por la autoridad, sepultado por muchos que invocan su nombre, resucita de nuevo, hoy, mañana, en los corazones de los hombres que le aman. Y le sienten cercano, y están desde siempre con El resucitado.

He dicho.